



CAPITULO XXIII

LA DIPLOMACIA Y LA REVOLUCIÓN EN SAN PETERSBURG Y CONSTANTINOPLA

Estado de las negociaciones diplomáticas entre las potencias.—Primeras conferencias en San Petersburg.—Segundas conferencias en San Petersburg.—Acogida hecha á los ofrecimientos confidenciales dirigidos á la Puerta.—Disposiciones del emperador de Rusia.—Canning.—Muerte del emperador Alejandro.—Intermedio de la sublevación militar de San Petersburg.—Sociedades secretas y conspiraciones en Rusia y Polonia.—El interregno.—Sublevación militar en San Petersburg.—El emperador Nicolás y su probable actitud en la política exterior.—Desenvolvimiento de las últimas relaciones diplomáticas entre Rusia é Inglaterra.—La mediación inglesa y el *ultimatum* ruso.—El protocolo ruso de 4 de Abril.—Intermedio de la revolución militar de Constantinopla.—Reforma de los genizaros.—Motín y destrucción de los genizaros.—El sultán Mahmoud y las reformas.

RECUÉRDESE que hemos dejado á Rusia convocando á las grandes potencias para las conferencias de San Petersburg y á Canning y á Metternich profundamente disgustados y poco dispuestos á acudir á ellas. Canning creyó haber encontrado la razón de su negativa en el hecho de no haberse efectuado aún el nombramiento del embajador ruso en Constantinopla, declarando que no iría á San Petersburg sino cuando se le hubiese dado esta satisfacción. Metternich, temiendo que el tsar si se le dejaba solo sería capaz de declarar la guerra á Turquía arrastrado por el partido militar, acabó por declararse por las conferencias de San Petersburg, confiando además en el apoyo de Gentz, por lo cual tan pronto el tsar recibió aviso de la conformidad de Austria, dispuso que se abrieran las conferencias de San Petersburg dejando á un lado á Inglaterra.

Bagot, el embajador inglés en San Petersburg, creyó, sin embargo, aún cuando sin instrucciones,

que no podía quedar fuera de las conferencias, que dentro podría mejor que no de fuera, impedir que Rusia se diera la misión de libertar á Grecia del turco, papel que estaban resueltas á no dejarle desempeñar ni Inglaterra ni Austria.

Abriéronse, pues, las conferencias, —17 de Junio de 1824,—haciendo antes sonar el nombramiento y salida de Ribeaupierre para Constantinopla para que Bagot no desistiera de su propósito de asistir, y en su primera conferencia se aprobaron los principios contenidos en el Memorandum, lo que alentó á Rusia á pedir en la segunda conferencia, —5 de Agosto,—que las potencias ofrecieran su mediación á la Puerta. Esto era ir sobrado directamente al bulto y los embajadores declararon que debían pedir instrucciones.

Mientras por esta causa se suspendían las conferencias, Canning nombraba á su primo Stratford Canning para que reemplazase á Stranford con orden de que pasara por Viena y se fuera á San Pe-

tersburg para obrar en consonancia con lo que allí se acordara. Este acto de galantería política desenojó á la Rusia que anunció al fin el nombramiento oficial de Ribaupierre, —28 de Agosto.

Cuando pasado el verano quiso el tsar abrir de nuevo las conferencias, Canning, que había recibido ya la nota oficial del gobierno griego sobre el Memorandum ruso, —14 de Noviembre, — declaró al emperador ruso que pues ni Turquía ni Grecia querían nada de las potencias europeas, lo que debía hacerse era dejar que arreglaran á su gusto sus cuestiones.

Dicho se está que este modo de ver disgustaba tanto á Rusia como á Austria, á ésta porque hacer de la nota oficial del gobierno griego cuestión de la disolución de la conferencia, era reconocer de hecho el gobierno de los rebeldes, lo que no entraba en el modo de ver de Metternich que, lo que quería y pedía era que se les sometiera. Pero ya el paso dado por Canning había dado por resultado que se suspendiera la salida del embajador ruso para Constantinopla, y para que Canning viera con disgusto el hecho tomándolo como un agravio directo hecho á Inglaterra, y ya se comprende que la insistencia que ponía ahora Canning en pedir la salida de Ribaupierre, —25 de Febrero de 1825, —no hacía más que aumentar la irritación de San Petersburg. Si algo faltaba para que las potencias se encolerizaran contra Inglaterra, este algo se cumplió al hacerse público que acababa de reconocer la independencia de las colonias de América, lo que tal vez hizo Canning antes de tiempo para contestar á los manejos de Metternich que había logrado convencer al rey de Inglaterra y á Wellington de la conveniencia de poner término á la política de Canning, y como lo que pedían el comercio y la industria inglesas era precisamente ese reconocimiento que tantos mercados había de entregar á sus productos y á su influencia, el rey y Wellington tuvieron que desistir de todo ataque ante la inmensa popularidad que se había ganado el ministro.

Metternich ciego de ira al ver abrir de nuevo las conferencias pidió previamente, —18 de Febrero de 1825, —que se negase á Inglaterra su asistencia aun cuando la pidiera, y que las tres potencias orientales vieran que medidas se habían de tomar contra dicha potencia. Y el mismo Metternich tuvo la audacia de reclamar que se acabara de una vez con la cuestión griega, empleando la fuerza para someter á los rebeldes á su amo. La conferencia, pues, iba á abrirse de nuevo en condiciones muy diferentes del año anterior.

Era necesario someter á Inglaterra y esta potencia principiaba por excluirse á sí misma de las conferencias, dejando frente á frente á Rusia y á Austria: á Rusia que quería la semi-independencia de Grecia, pues nunca quiso Rusia una Grecia fuerte y libre, y á Austria que quería el triunfo de Turquía. Durante, pues, las luchas diplomáticas de los plenipotenciarios, Rusia y Austria buscaban ya á sus espaldas medios y recursos para imponer sus soluciones; así Alejandro enviaba á los plenipotenciarios una *Declaración* terminante sobre la necesidad de poner fin á la guerra entre turcos y griegos á cualquier precio, y Metternich se iba á Francia á verse con Vilelle para arrastrar á Francia á su política. Con esto Metternich puso fuera de sí al tsar, que suspendió las conferencias marchándose á Varsovia, —17 de Abril de 1825, —enviando á las potencias una circular que no era más que una repetición de la *Declaración* hecha á los plenipotenciarios, pero terminando ahora con la nueva declaración de que sería inútil renovar la conferencia si ésta no se reunía, habiendo obtenido la suspensión de hostilidades.

Metternich adivinó desde luego que esa circular iba dirigida contra él, pero Metternich en este momento se consideraba el árbitro de Europa. Austria le obedecía é Italia también. España le respetaba y Francia á su entender se había unido á su política: podía, pues, dejar de tratar al tsar con los miramientos que hasta aquí había tenido con él, y á su vez ser exigente en las cuestiones de Oriente. Tenía el canciller austriaco en este momento al tsar cogido en sus propias redes, pues le recordaba que si él se oponía á las medidas coercitivas morales para obligar á la Puerta á hacer concesiones, Rusia en cambio se oponía á que en són de amenaza para conseguir dicho fin, se advirtiera á la Puerta que las potencias europeas estaban dispuestas á reconocer la independencia de Grecia, y que si Austria se oponía á toda acción material, era para no dar á Inglaterra motivo para intervenir, lo que seguramente haría dando el triunfo á la revolución. Pero que si Rusia de lo que se quejaba era de la violencia de los tratados, que en este caso lo probase y tendría á Austria á su lado, —18 de Junio.

Descubierta la actitud de Metternich; convencida Rusia de la falsa amistad de Austria, Canning é Inglaterra recibían los beneficios de su política expectante. Los dos emperadores quedaban embrollados y uno por el otro quedaban incapacitados de hacer por su cuenta cosa alguna en Grecia. Inglaterra iba, pues, poco á poco preparando su acción decisiva.

En las conferencias de este año se había, sin embargo, acordado que las potencias dirigieran sus amonestaciones á la Puerta para que cesara la efusión de sangre y á este fin se enviaron instrucciones á los embajadores. La Puerta siempre bien enterada de lo que ocurría en el mundo diplomático, constándole el disentimiento de Inglaterra y las cuestiones surgidas entre Rusia y Austria, estaba dispuesta á oponer una seca negativa á todo cuanto se le pidiera, y en efecto, por más que los embajadores convinieron en no ofrecer á la Puerta otra cosa que «sus buenos oficios,» con gran enojo del ministro ruso, que pedía un lenguaje más enérgico, el gobierno turco contestó negando á las potencias el derecho de entrometerse en sus asuntos.

Entonces Rusia renovó con más energía que nunca la cuestión de los Principados, reclamando enérgicamente el *statu quo*, ó sea, la anulación de las autoridades últimamente nombradas, y en esto Metternich, fiel á su política de apoyar resueltamente á Rusia en todo lo que no afectara la cuestión griega, amenazó á la Puerta con romper con ella á su vez, y la Puerta advertida de esta suerte retiró sus Agas, —11 de Octubre.

Metternich acababa de prestar á la Puerta un gran servicio obligándole á ceder.

Alejandro, al enterarse de las negativas de Turquía á las proposiciones que se le habían hecho, dió por cerradas oficialmente las conferencias de San Petersburg, y declarándose dispuesta á obrar, envió á sus embajadores una circular para que le enterasen sobre si existía algún plan de alianza entre las potencias. Los embajadores contestaron negativamente. Lieven decía que toda alianza que no contara con Inglaterra, no era de temer, y Pozzo di Borgo, siempre el mismo, aconsejaba la ocupación de los Principados para que Rusia hiciera valer de allí sus reclamaciones. Así se portaba el hombre de quien esperaba Metternich de un momento á otro que dejara el servicio de Rusia y entrara en el de Francia que estaba dispuesto á darle un asiento en el Senado y cuatrocientos mil francos de renta. Pero como Pozzo y los demás embajadores escribían en el supuesto de que Turquía no haría nada para dar satisfacción á Rusia, como sucedió todo lo contrario, sus consejos quedaron sin efecto.

Metternich nuevamente podía considerarse como vencedor y creerse realmente el más grande político de Europa; sin embargo no dejaba de tenerle algo inquieto la actitud de Inglaterra, pues Stratford, aunque alejado de las conferencias, hacía la corte al tsar, mostrando su conformidad con su modo de

ver, disintiendo sólo en el modo de obrar. Temía pues Metternich que Inglaterra y Rusia no acabaran por entenderse, pero había desechado todo temor y descansaba ahora sobre sus laureles, cuando estos se le convirtieron de repente en punzante zarza al saber que Grecia reclamaba la protección de Inglaterra; sin embargo, al enterarse Metternich por su embajador en Londres de lo que pasaba, no se desconcertó; veía bien que todo iba á depender ahora de la actitud de Canning, pero estaba tan infatuado que creía poder imponerse con sus aliados. Pidió Metternich explicaciones á Canning y éste se las dió á Esterhazy envueltas en tantos cumplidos para el gran canciller austriaco, que éste se desvaneció ante los halagos, cuando precisamente Esterhazy creía que iban á principiar graves cuestiones entre Inglaterra y Austria. A este desvanecimiento contribuyó la llegada á Constantinopla del embajador inglés.

Canning daba toda clase de seguridades á Metternich sobre la no aceptación de las proposiciones griegas, pero no le decía que durante todo el verano se habían hecho de un lado y otro, esto es, de Inglaterra y Rusia, los mayores esfuerzos para llegar á una inteligencia, y aun cuando de esto algo le dijeron sus embajadores, Metternich no dió importancia á lo que se hacía, pues no comprendía como Rusia é Inglaterra podían entenderse en la cuestión de Grecia, en donde tan encontrados se mostraban sus intereses.

Sin embargo Canning se preparaba, contra lo que creía Metternich, á obrar contra Rusia. El acto realizado por los griegos demostraba que la potencia simpática á los helenos, de la que lo esperaban y querían todo, era Inglaterra y no Rusia. Desde este momento las potencias podían mirar sin recelo á Rusia, y considerar la futura actitud de Inglaterra como una poderosísima barrera, dispuesta á oponerse á las pretensiones de Rusia en Oriente. Rusia sintió todo el efecto de su desconsideración que sobre su actitud y gestiones había arrojado la resolución de Grecia al pedir el protectorado inglés, y en su consecuencia adelantándose á todo lo que pudiera parecer una derrota, puso nuevamente la cuestión de Oriente en manos de Canning para que la resolviera. Canning se reservaba aún, estaba seguro de que Austria se entregaría á él como se había entregado Rusia y esperaba, pero no tuvo que esperar mucho y «una tras otras las potencias de la Augusta Santa Alianza fueron á pedirle que les sacase del atolladero en que se habían metido,» como decía á Granville el 8 de Noviembre. Pero Canning descon-